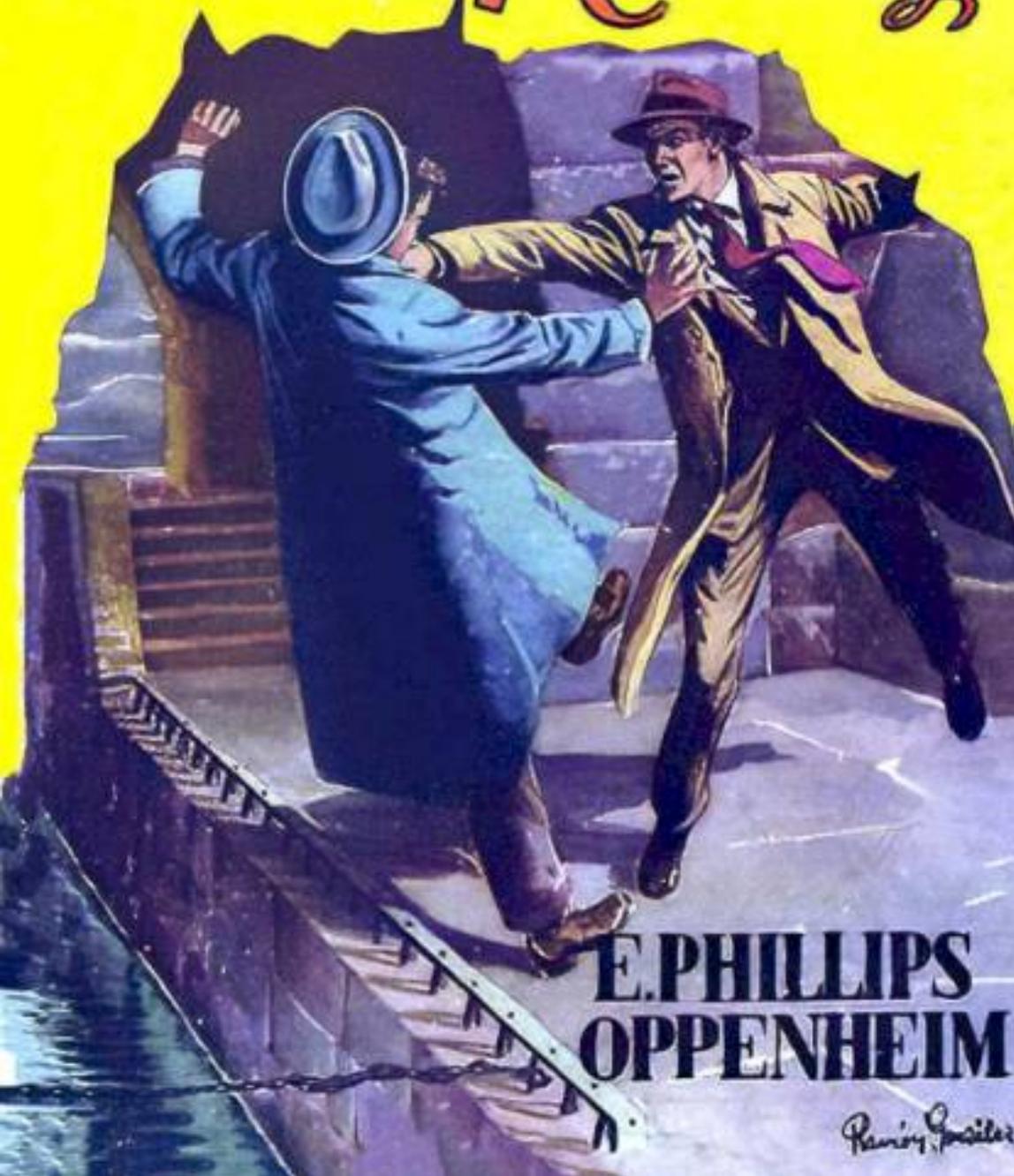


Philip Remilly



**E. PHILLIPS
OPPENHEIM**

Henry Gosler

Esta novela se inicia con su protagonista principal, Philip Romilly, atravesando un pueblo minero de carbón de Derbyshire, Detton Magna, para visitar a una dama. Las cosas no salen como esperaba, por lo que se aleja desconsolado.

Este encuentro es el catalizador de acontecimientos futuros que son bastante sorprendentes y Romilly decide marchar a Nueva York para comenzar una nueva vida en circunstancias muy diferentes a la anterior. Tiene éxito en su nueva carrera, pero surgen situaciones de su vida anterior que le causan un profundo malestar.

Encuentra un nuevo amor y las cosas comienzan a mejorar hasta que un episodio de su pasado regresa para perseguirlo. Y cuando alguien de ese pasado aparece en Nueva York, las cosas toman un giro decididamente insalubre.

La historia avanza a un ritmo entretenido, pero debajo de todo hay una fuerte sospecha de que la vida de Philip puede no resultar como él la imagina. Pero a pesar de los contratiempos y la presentación de un detective de Inglaterra, un recién llegado demuestra ser una especie de regalo del cielo en un final sorprendente e inesperado.

El libro está muy bien escrito, con las vistas y los olores de la Nueva York temprana particularmente bien delineados, y los muchos incidentes y giros y vueltas mantienen al lector totalmente sumergido en la trama.

Primera parte

Capítulo primero

Con un prolongado chirrido y un innecesario bullicio en la vía, dejando atrás nubes de vapor, el tren de la tarde de Londres llegó a la parada de la estación de Detton Magna. Un viejo mozo de cuerda, con el aire ceñudo de quien está obligado a desempeñar una ineludible misión, salió de la pequeña construcción de ladrillo rojo, poniéndose la chaqueta mientras se acercaba. El jefe de estación, ocupando una situación ventajosa enfrente del tejadillo que cubría la expendeduría de billetes, miraba arriba y abajo la inanimada hilera de cerradas y fugitivas ventanas con expectación aburrida por la diaria desilusión, ya que los pasajeros raramente bajaban. Esta ocasión no superó las otras que recordaba. Un solitario joven se apeó en la plataforma mojada y dura, y entregó la mitad de un billete de tercera clase de ida y vuelta de Londres; pasó a través de las dos puertas abiertas y empezó a subir la larga cuesta que conducía a la ciudad. No llevaba abrigo y como protección contra la inclemencia del tiempo sólo podía levantar el cuello de su deteriorada chaqueta de estameña azul. La humedad de un día persistentemente lluvioso parecía haber extendido su triste manto sobre el feo paisaje. Los setos, ennegrecidos por los tiznajos de la mina de carbón del otro lado de la ladera, estaban también chorreando gotas de lluvia. La apedernalada carretera de un color gris brillante, estaba cubierta de repelente barro. Había charcos incluso en la senda cubierta de asfalto por la que caminaba. A cada lado de ésta se extendían los prados sin pastos de una comarca industrial. El pueblo-ciudad que se extendía ante él sobre la colina, presentaba apenas algún rasgo particular. Las casas

pequeñas de piedra gris, pesadas y sin adornos, estaban interrumpidas a intervalos por hileras de flamantes quintas de ladrillo rojo. Al fondo se veían las altas chimeneas de algunas fábricas; a la izquierda el tiro de una mina de carbón lanzaba su dedo de humo negro a las sombrías nubes.

Después de su primera mirada a aquellos familiares y poco queridos alrededores, Philip Romilly anduvo con la cabeza un poco echada hacia atrás, los ojos levantados al cielo, melancólico y acuoso. Era un hombre joven, de mediana estatura, delgado, casi anguloso, todavía con buen aspecto a pesar de una inclinación de hombros que más parecía el resultado de una depresión habitual que ocasionada por alguna debilidad física. Sus facciones eran grandes; la boca, con un gesto de descontento, los ojos llenos del brillo de una silenciosa y rebelde amargura, que parecía haber encontrado una morada casi permanente en su rostro. Iba sin guantes y llevaba debajo del brazo un pequeño paquete que parecía contener un libro cuidadosamente envuelto en papel marrón.

Cuando alcanzó las inmediaciones del pueblo retardó el paso. Al pie de un sendero, detrás de la carretera, de la que estaban separados por un feo y enarenado patio de recreo, se hallaban los familiares edificios de las escuelas, con la inscripción usual grabada en piedra sobre la puerta. Puso la mano sobre el portillo de madera, y se detuvo. Desde dentro le llegaba el zumbido de las voces de los niños. Miró su reloj: eran solamente las cuatro y veinte. Por un momento vaciló. Luego dio unos pasos, y guareciéndose en la puerta de una casa de insignificante aspecto, la más próxima a las escuelas, hizo girar el picaporte y encontrando que cedía a su intento entró. Cerró la puerta y se volvió con un leve suspiro de satisfacción hacia un butacón colocado junto al fuego. Por un momento pareció a punto de arrojar en sus profundidades; sus largos dedos azulados por el frío parecían ya dirigirse hacia el confortante calor de las llamas. Entonces se quedó cortado. Permaneció completa-

mente quieto en una actitud de reprimido ímpetu; sus ojos, maravillados al principio y luego con una extraña, indefinible expresión, parecieron aventurarse en un extenso, un concienzudo, un casi horrorizado examen de lo que le rodeaba.

Para el observador ordinario no habría habido nada raro en el aspecto de la pequeña habitación, salvo su absolutamente inesperado aire de lujo y refinamiento. Había un aparador Chippendale contra la pared, una mesilla redonda y sobre ella un cuenco de china azul lleno de rosas, un par de lujosas butacas, y algunos grabados antiguos sobre el muro. En el aparador había un cesto todavía sin tocar lleno de frutas de invernadero y sobre un banquillo, junto a una de las butacas, una pila de revistas, algunos volúmenes de poesía y un par de libros. En el centro de la repisa de la chimenea francesa había una fotografía: la fotografía de un hombre un poco mayor quizá que el recién llegado, con rostro redondo, vestido con traje de campo y una flor en el ojal; el retrato de un hombre afortunado, con una curiosa, casi perturbadora semejanza con el pálido y sobreexcitado joven cuyos ojos habían sido atraídos por su presencia y que estaba contemplándole absorto.

—Douglas —musitaba—, Douglas.

Arrojó el sombrero sobre la mesa y se pasó la mano por la frente. Se encontraba ante un misterio que le desconcertaba, un misterio cuyas siniestras posibilidades iban trazándose lentamente en su imaginación. Mientras permanecía allí notó súbitamente el ruido de la verja al abrirse, pasos apresurados en el camino embaldosado y el blando remolino de una falda de mujer. El pestillo fue levantado, la puerta se abrió y volvió a cerrarse. La recién llegada se quedó de pie en el umbral, mirándole.

—¡Philip! —exclamó— ¡Philip!

Había un curioso cambio en el tono de la muchacha, desde una casi alegre bienvenida a un acento de repentino temor la última vez que pronunció su nombre. Permanecía

en pie mirándole, víctima, evidentemente, de tantas emociones que no había nada definido que deducir de su tono de voz o de su expresión. Era una mujer joven de mediana estatura, delgada, de figura delicada, atractiva, con una boca grande y displicente, grandes ojos claros y una abundante cabellera castaño oscuro. Iba sencillamente vestida y de una forma que aun sugería en algo la maestra de escuela. Para el hombre que la observaba, la mano izquierda asida a la repisa de la chimenea, los ojos llenos de apasionados celos, había algo enteramente nuevo en la caída de su bien cortada falda, el delicado colorido de su blusa escotada, la mayor animación de su rostro de deslumbrante cutis. La mano de Philip se tendió hacia ella al tiempo que le preguntaba:

—¿Qué quiere decir esto, Betty?

Ella dio señales de recobrase. Con un ligero encogimiento de hombros, se volvió hacia la puerta que conducía a un cuarto interior.

—Déjame que te traiga un poco de té. Pareces tan frío y mojado...

—Quédate aquí —insistió él.

Ella se detuvo de mala gana. Había todavía una curiosa falta de ansiedad en su porte, aunque habría dado el mundo por pasar unos momentos en el refugio de la cocina; pero, por otro lado, algo la impulsaba a hacer lo que él la ordenaba.

—No seas tonto, Philip —dijo con impaciencia—. Tú sabes que necesitas un poco de té igual que yo. ¿Por qué no me has anunciado que venías?

—Quizá hubiera sido mejor —asintió él tranquilamente—. Sin embargo, ya que estoy aquí contesta mi pregunta.

Ella lanzó un ligero suspiro. Después de todo, aunque carecía de una verdadera firmeza de carácter, estaba dotada de una cierta terquedad equivalente. Aceptó el reto de Philip, puesto que no había ningún otro camino. Habría mentido de bastante buena gana; pero viendo la clara in-

consistencia de la mentira emprendió la tarea de prepararse para la lucha.

—Harías mejor —dijo— preguntando un poco más exactamente. Entonces intentaría contestarte.

Philip estaba atormentado por la extraña conducta de Beatrice, aturdido por una avalancha de palabras. Un centenar de preguntas quemaba sus labios. Sólo con un gran esfuerzo de autodominio logró contenerse.

—La última vez que te visité —empezó—, fue hace tres meses. Entonces tu casa estaba amueblada como uno esperaba. Tenías un sencillo aparador, una sencilla mesa, una butaca bastante fuerte y otra muy vieja de mimbre. Tenías, si recuerdo bien, una tira de linóleo en el suelo y una simple alfombrilla. Tus flores eran de los setos y tu fruta del único manzano del jardín de detrás. Tus vestidos, ¿estoy equivocado acerca de tus ropas o vas vestida más costosamente?

—Voy vestida más lujosamente —admitió ella.

—Tú y yo conocemos el valor de estas cosas —continuó él con un leve movimiento de la mano—. Conocemos su valor porque una vez estuvimos habituados a ellas, porque ambos, desde entonces, experimentamos un vivo anhelo por ellas o por las cosas que representan. Muebles Chippendale, una alfombra turca, rosas en enero, dibujos de Bartolozzi, frutas de invernadero, no se pueden adquirir con unos ingresos de cincuenta libras al año.

—No se adquieren —asintió ella imparcialmente—. Todas las cosas que ves aquí y que has mencionado son regalos.

El dedo índice de Philip señaló con repentino vigor hacia la fotografía.

—¿De quién?

—De Douglas —admitió ella—. De tu primo.

Él tomó la fotografía en la mano. La miró un momento y la arrojó a la parrilla del hogar. El cristal del marco se rompió en cien pedazos. La muchacha únicamente se encogió

de hombros. Se reservaba. En cuanto a él tenía los ojos ardientes, algo seco agarrotaba su garganta. Había pasado por muchos días fatigosos y depresivos, luchando siempre contra la demoledora monotonía de la vida. Ahora por primera vez sintió que había algo peor.

—¿Qué significa esto? —preguntó una vez más.

Beatrice parecía explayarse a medida que le contestaba. Sus pies estaban firmemente clavados en el suelo. Había una nueva mirada en su rostro, una mirada de decisión. Era cobarde; pero no sintió miedo. Incluso se inclinó un poco hacia él y le miró a la cara.

—Esto quiere decir —pronunció lentamente— exactamente lo que parece querer decir.

Estas palabras sugirieron a Philip terribles ideas; pero estaba mudo.

Solamente podía esperar.

—Tú y yo, Philip —continuó ella—, hemos estado, bueno, supongo que debemos llamarlo prometidos, durante, tres años. Durante aquellos tres años solamente gané por medio de un trabajo desagradable y pesado lo justo para vivir en un mundo que no ha tenido nada que ofrecerme más que fealdad, incomodidad y miseria. Tú, como admitiste la última vez que nos encontramos, no has hecho nada mejor. Has vivido en una buhardilla y te has ido hambriento a la cama. Durante tres años esto continuó así. Todo aquel tiempo yo estaba esperando que trajeras algo humano, algo racional, algo cálido a mi vida, y has fallado. Pasé en aquellos tres años de los veintitrés a los veintiséis. En tres años más llegaré a los treinta; es decir, la mejor época de mi vida habrá pasado. Lo he estado pensando y he tenido bastante.

Él permaneció completamente mudo. La recién revelada personalidad de la muchacha parecía llenar la habitación. Philip sintió que todo giraba en torno suyo. En aquel momento Beatrice era dueña absoluta de la situación. Pasó descuidadamente por su lado, se dejó caer en la butaca y

cruzó las piernas. Como si estuviera mirando a otra persona de otro mundo, Philip observó que llevaba zapatos de buen corte y medias de seda.

—Nuestro noviazgo —continuó ella— fue al principio lo que más quería de la vida. Pudo haber sido lo más maravilloso de mi existencia. Yo era sólo una persona corriente con un carácter corriente; pero tengo capacidad para amar desinteresadamente y soy en el fondo tan fiel y tan buena como cualquier otra mujer. Pero tengo mis derechos. He pasado tres años de vida sórdida y miserable enseñando a niños escuálidos, sucios y desagradables, cosas que hubiera sido mucho mejor que no hubiera conocido. He vivido aquí, en Detton Magna, entre tiznajos y nieblas, donde las flores parecen mustias e incluso los prados son pedregosos; donde la gente es grosera y vulgar como sus feas casas; donde la virtud es fea, el vicio es feo, la vida es fea y la muerte es espantosa. Y ahora tú ves lo que he escogido, no en un momento de locura porque no estoy loca, ni tampoco en un momento de pasión porque hasta ahora el único sentimiento real de mi vida ha sido para ti. Pero he escogido y mantengo mi elección.

—No te permitirán permanecer aquí —murmuró él.

—No es necesario —contestó ella sosegadamente—. Hay otros caminos en los que puedo ganar al menos tanto como la miserable porción que se me da aquí. Antes los evitaba incluso considerándolos. ¿Te diré por qué? Porque no quería arrostrar la tentación que me traería con ellos. Siempre supe lo que ocurriría si la huida llegaba a ser irremediable. Es la fealdad lo que no puedo soportar; la fealdad de los alimentos baratos, las ropas baratas, los muebles incómodos, voces rudas, amigos vulgares si los tuviera. ¿Cómo supones que ha vivido aquí estos tres últimos años una maestra de escuela nacional? Mira arriba y abajo esta calle larga y triste, mira los nombres sobre las tiendas, las casas donde viven las gentes de negocios y pregúntate a ti mismo de dónde podían venir mis amigos. ¿El pastor pro-

testante, quizá? Tiene más de setenta años, es viudo y nunca viene por aquí cerca. Yo habría estado contenta de estar protegida si hubiera habido aquí alguien que lo hiciera, alguien que llevara la clase de ropas adecuadas y dijera las cosas convenientes en el tono justo. Pero los otros... Bien, con esto está todo dicho.

Él permaneció curiosamente callado. Sus ojos estaban fijos en los fragmentos de la fotografía esparcidos por la chimenea. En un rincón de la habitación un reloj antiguo marchaba fatigosamente. Una brasa de carbón cayó fuera del hogar y ella la colocó mecánicamente con el pie. El silencio de Philip parecía irritarla y confundirla. Miró hacia él, puso la silla un poco más cerca del fuego y se sentó descansando la cabeza entre las manos. Su tono había llegado a ser casi meditabundo.

—Sabía que esto tenía que llegar algún día —prosiguió—. ¿Por qué no hablas? ¿Estás preparando tus frases? ¿Tienes miedo a las palabras claras? Yo no. Quiero oírlas. No seas más melodramático de lo que puedas remediar porque como sabes estoy castigada con un gran sentido del humor; pero no te estés ahí sin decir nada.

Él levantó los ojos y la miró en silencio, una alternativa que Beatrice encontró difícil de soportar. Entonces, después de un momento de escalofrío, hundida en su silla, se levantó de un salto.

—Escucha —gritó apasionadamente—. No me importa lo que pienses. Te digo que si fueras realmente un hombre, si tuvieras un corazón de hombre en el pecho habrías hecho algo antes de ahora: robado a alguien, asesinado, conquistado las cosas que hacen la vida ya que el destino rehúsa darlas. ¿Qué es lo que te pagan —continuó desdeñosamente— en tu miserable escuela de arte? Sesenta libras al año. ¿Cuánto recibes para comer y beber fuera de esto? ¿Qué clase de ropa tienes que llevar? ¿Estás contento? Sin embargo, aún has estado en mejor posición que yo. Tu comedia puede ser aceptada o tus novelas publicadas. Yo ni

siquiera he tenido esta vaga esperanza. Pero incluso tú, Philip, puedes tener que esperar demasiado. Hay demasiadas leyes hoy día para que la vida sea vivida naturalmente. Si yo fuera un hombre, un hombre como tú, las rompería.

—Quizá lo haga —dijo él mientras salía.

—¡Philip! —gritó ella—. ¡No te vayas! ¡No te vayas así! No has dicho nada.

Él cerró la puerta con dedos firmes. Las rodillas de ella temblaban. Consciente de una inesperada debilidad abandonó su primera intención de seguirle y permaneció delante de la ventana cogiéndose fuertemente al marco. Philip había alcanzado la puerta del jardín y se detuvo un momento mirando la calle larga y borrascosa. Entonces cruzó al otro lado de la carretera, saltó por encima de un portillo y desapareció andando sin prisa, con firmes pisadas, a lo largo de un sendero ceniciento que bordeaba la mirada indolente del canal. Había venido y se había ido, y ella sentía miedo.

Capítulo II

Aquella noche, mientras se acercaba la hora de salida del último tren en dirección Norte, la estación de ferrocarril de Detton Magna presentaba, a ser posible, un aspecto todavía más lúgubre que durante el día. La larga banda de su andén de piedra estaba completamente desierta. Alrededor de las tres mortecinas lámparas de gas, la llovizna caía continuamente. Un aburrido empleado salió bostezando de su garita y entró en la expendeduría de billetes, donde el jefe de estación estaba sentado, solo, con la silla alejada de la abierta taquilla y vuelta hacia las ardientes brasas de la humeante chimenea.

—Al parecer no hay viajeros esta noche —hizo notar el jefe a su subordinado.

—Ni señales —fue la respuesta—. El joven que llegó de Londres con billete de retorno, valedero para un solo día, no ha regresado tampoco, así que perderá el billete.

Se oyó el ruido de unas pisadas acercándose a la ventanilla. Una larga mano blanca se introdujo a través de la abertura y se oyó una voz desde el invisible exterior.

—Un billete de tercera para Detton Junction.

El jefe de estación tomó un billete del pequeño aparato automático, recibió la cantidad exacta que había pedido, la metió en el cajón y volvió a ocupar su sitio frente al fuego.

El mozo de estación, con su lámpara en la mano, recorrió el vestíbulo. Sin embargo, el prevenido viajero no estaba en ningún sitio visible. El hombre reflexionó, ya de nuevo en la oficina.

—¿Era Jim Spender que va otra vez a ver a esa moza de taberna? —le preguntó a su superior.

El jefe de estación bostezó soñoliento:

—No me he fijado —contestó—. ¡Qué comadre te estás volviendo, George! ¿Quieres saber los asuntos de todo el mundo, verdad?

El mozo se retiró un poco ofendido. Cuando unos minutos más tarde llegó el tren, salvó pomposamente la distancia que le separaba del final del andén para abrir la puerta al solitario viajero que permanecía allí. Éste subió y cerró de golpe la puerta sin dar una ojeada por la ventanilla. El mozo de estación observó cómo desaparecían las luces rojas.

—¿Era Jim? —le preguntó, saliendo, el jefe de estación—. No me he fijado —contestó su subordinado brevemente—. Tal vez lo fuese y tal vez no lo fuese. Buenas noches.

Philip Romilly se sentó en el rincón de un desocupado vagón de tercera clase, contemplando la ventanilla en la que sólo veía el reflejo de la débil lámpara de gas. El tren se puso en marcha. La primera etapa de su viaje había comenzado. La agradable sensación de movimiento, después de tan larga espera, le calmó al principio y le alegró luego. Al cabo de unos minutos se sintió inquieto. Bajó la ventanilla empañada de lluvia y se inclinó hacia fuera. La fresca humedad de la noche era infinitamente sedante; la lluvia refrescaba sus ardientes mejillas. Se sentó allí atisbando a lo lejos en la oscuridad, luchando por distinguir objetos concretos: un árbol, una casa, el contorno de un prado, cualquier cosa que mantuviera alejados los otros pensamientos, los pensamientos que vuelven a veces como reviviendo una espantosa, irrealizable pesadilla. Entonces sintió frío, subió la ventanilla, metió las manos en sus bolsillos, sacando una cajetilla; encendió un fósforo y fumó apreciando intensamente la calidad del tabaco; examinó la marca de la cajetilla y la echó fuera y finalmente acarició con subrepticia avidez el terso tafilete de la cartera que guardaba en su bolsillo interior.

En Junction entró en el bar y pidió un *whisky* con soda doble, que bebió de un par de tragos. Entonces fue apresuradamente hacia la taquilla y tomó un billete de primera para Liverpool y pocos minutos después aseguró un asiento en el largo exprés del Norte que llegó deslizándose por la parte del andén. Pasó algún tiempo en el lavabo lavándose, poniendo en orden su cabello, arreglándose la corbata, dirigiéndose después hacia el primoroso vagón-restaurante donde encontró un cómodo asiento en un rincón. El lujo que le rodeaba apaciguó sus desgastados nervios. El coche estaba agradablemente templado y sobre la mesa había una lámpara eléctrica con la luz suavemente velada. El camarero que le sirvió era rápido y obsequioso y pareció olvidarse completamente de las ropas raídas y medio mojadas de Philip. Pidió champaña un poco vagamente y el vino corrió por sus venas con una extraña fuerza. Comió y bebió unas veces maquinalmente y otras con el mejor apetito. Después fumó un puro, tomó café y saboreó el licor con la apreciación de un buen catador. Un compañero de viaje le pasó un diario de la tarde que hojeó con aparente interés. Antes de alcanzar el final de su viaje había pedido y bebido otra copa de licor. Gratificó generosamente al camarero; era la primera comida bien cocinada que había tomado desde hacía muchos meses.

Llegado a Liverpool subió a una berlina que le condujo al Adelphi Hotel. Entró inmediatamente en la Administración. Ahora su traje estaba seco y el descanso y el calor le habían dado más aplomo.

—Creo que tienen una habitación reservada para mí —dijo—, mister Douglas Romilly. Envié algún equipaje.

El empleado le dirigió una mirada, le alargó una papeleta y anunció:

—Número 67, señor, en el segundo piso.

Un mozo le condujo escaleras arriba hasta un dormitorio amplio y bien amueblado. Ardía el fuego en la chimenea y